

testimonio revelador de las variaciones en los intereses de sus comitentes –los monjes del cenobio– y la evolución de modelos plásticos que intervinieron en la prolongada materialización de este código

RUTH CAMPBELL ÁVILA
Universidad de Salamanca
ruthcampbell17@usal.es

Miguel Herguedas Vela: *Patronazgo real en los monasterios jerónimos de la Corona de Castilla. Arte y arquitectura*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2021, 350 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.88.2022.436-438>

El estudio de la orden jerónima y sus monasterios goza de una amplia tradición que, como ha sucedido en el caso de otras congregaciones religiosas, debe remontarse a la labor de sus propios cronistas. Desde fray Alonso de la Rambla en el siglo XV hasta fray Ignacio de Madrid en el siglo XXI, pasando por personajes como Diego de Écija, Pedro de la Vega, Jerónimo de la Cruz, Francisco de Montalvo o el –nunca suficientemente ponderado– Padre Sigüenza, la historiografía jerónima ha encontrado en el seno de la propia orden una base extraordinariamente sólida. En esta línea, resulta interesante comprobar cómo los modernos estudios de conjunto sobre los jerónimos fueron necesariamente retomados por el mundo secular en 1919, mediante el discurso pronunciado por Elías Tormo con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Historia. Tras él, y siguiendo las corrientes inauguradas por autores como Friedrich Antal, los siguientes trabajos pusieron un especial énfasis en el mundo de los estudios del patronazgo: Josemaría Revuelta publicaría en 1982 una monografía centrada en la historia de los primeros años de la orden, dando a conocer por primera vez valiosas fuentes documentales que aún hoy resultan de gran interés. Un trabajo al que siguieron los meritorios estudios de José Antonio Ruiz Hernando en 1996, el cual se aproximó a una sistematización de la materialidad de los monasterios jerónimos a través de sus restos arquitectónicos, de Isabel Mateos en 1999, quien coordinó una obra que se centraba en el mundo de las artes y en el mecenazgo dentro de la orden jerónima y, finalmente, del autor de estas líneas, que recientemente ha centrado su monografía en la construcción de las identidades de la nueva sociedad Trastámara a través del patrocinio artístico en los monasterios jeronimianos. A todos los anteriores habría que sumar, además, dos importantes compilaciones de estudios sobre jerónimos llevadas a cabo con motivo del centenario de la orden en 1973 y del simposio internacional celebrado en El Escorial en 1998. Es precisamente dentro de esta fértil y sólida tradición historiográfica donde se inserta la obra aquí reseñada, producto de una detallada investigación que nos lleva a desgarnar las vicisitudes del patrocinio regio en los monasterios jerónimos durante más de siete centurias.

El presente trabajo, que deriva de la Tesis Doctoral del autor, desgana minuciosamente en sus más de 340 páginas las intenciones de la promoción artística en el territorio de la Corona de Castilla por parte de los diferentes reyes y reinas, desde las casas de Trastámara y Austria hasta la de Borbón. Unas intenciones en algunas ocasiones destinadas a la memoria personal y en otras a la perduración dinástica que, en última instancia, resultan el perfecto reflejo la sociedad de su tiempo. Y es que, como señala Miguel Herguedas, no por casualidad aquellos cenobios que tuvieron una especial relevancia en la historia fueron precisamente aquellos protegidos por la Monarquía Hispánica.

Uno de los aciertos del presente trabajo es sin duda la aproximación a la realidad artística desde las diferentes fuentes documentales conservadas. Así, desde testamentos a libros de bienhechores, los documentos en manos del autor nos ayudan a reconstruir detalles de muchas empresas arruinadas o desaparecidas. Empresas que, en numerosas ocasiones, derivarán en espacios funerarios, pero no siempre, pues en otras las intenciones de los monarcas acabarán acercándose hacia los espacios de habitación y, sobre todo, de representación.

La monografía da comienzo con dos capítulos dedicados a los orígenes de la Orden de San Jerónimo y su contexto. Se detallan así los acontecimientos históricos que se concatenaron –vertiginosamente– y que convirtieron a los jerónimos en una de las principales órdenes dentro del disputado panorama monástico de la Baja Edad Media hispana. Acto seguido, el autor desgana un útil resumen de la historia de la orden, incidiendo en temas espinosos como la reforma realizada en 1425 por Lope de Olmedo –que daría origen a la rama observante de los “isidros”– o la cuestión de los conversos, que poblaron ampliamente sus monasterios en los años finales del medievo, un hecho que acabaría dando lugar a férreos procesos de depuración en los que llegaron a intervenir las autoridades de la Inquisición. Los dos capítulos siguientes abordan de lleno la cuestión de la espiritualidad jerónima y su traslación al mundo arquitectónico mediante la organización y la configuración de la topografía de sus monasterios. Como señala el autor, en estos últimos se dio una constante lucha entre lo posible y lo deseable, pues gran parte de los monasterios de la Orden de San Jerónimo ocuparon lugares con edificios y advocaciones anteriores.

Para perfilar un panorama abarcable a partir de estudio tan extenso como el que sugieren los capítulos anteriores, Miguel Herguedas dedica el apartado más amplio de la publicación –más de 250 páginas– a los estudios de caso de los principales monasterios de la orden. Uno tras otro, el autor va desmenuzando las empresas artísticas de los diferentes monarcas y nobles para configurar un mosaico en el que destacan, como no podía ser de otra manera, algunos cenobios con respecto a otros. En primer lugar, Guadalupe, objeto del intenso e ininterrumpido patrocinio de diferentes reyes y reinas hasta bien entrado el siglo XVII. “Un lugar excepcional”, en palabras del propio Herguedas, en el que la monarquía supo aunar su imagen a la de uno de los centros de poder y peregrinación más poderosos de la península ibérica. Al ejemplo de estudio *in extenso* de Guadalupe se suman los de otros monasterios que el autor pondera proporcionalmente según las intervenciones, más o menos afortunadas, de algunos monarcas en concreto. Por ello también se dedican amplios epígrafes a los casos de Fernando de Antequera en la Mejorada de Olmedo (Valladolid), Enrique IV en San

Jerónimo el Real (Madrid) y Santa María del Parral (Segovia), Carlos I en San Jerónimo de Yuste (Cáceres) o Isabel I en San Jerónimo de Granada.

El autor es consciente de la problemática que supone analizar disyuntivamente las manifestaciones arquitectónicas y escultóricas –en ocasiones ligadas a las anteriores– de aquellas pictóricas, suntuarias o, directamente, efímeras, que estaban destinadas a completar los espacios de representación de los monarcas. Es por ello que entre las páginas del libro se suceden las noticias sobre estas últimas, unos objetos que desde la perspectiva “microscópica”, podríamos decir, resultan imprescindibles a la hora de completar el puzzle que supone la caracterización de la imagen del soberano a través de la cultura material.

En definitiva, Miguel Herguedas nos ofrece aquí un concienzudo trabajo que aborda el patrocinio regio en los monasterios jerónimos pertenecientes a la antigua Corona de Castilla, poniendo de manifiesto el papel cardinal que los monarcas tuvieron en la configuración del paisaje monástico de su tiempo. Un volumen de estructura clara y repleto de interesantes noticias que constituye una significativa aportación, la cual, lejos de agotar la vía de los estudios del patrocinio en la Orden de San Jerónimo, interpela sugerentemente a la comunidad investigadora poniendo el foco de atención sobre diferentes realidades que aún podrían ofrecer sugerentes frutos en el futuro.

ÁNGEL FUENTES ORTIZ
 UNED – Universidad Complutense de Madrid
afuentes@ucm.es

Teresa Laguna Paúl: *Miguel Perrin. Imaginero de barro, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2022, 188 pp.*

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.88.2022.438-440>

El interés por los escultores llegados a los reinos hispánicos durante el siglo XVI ha superado el estudio reservado a las figuras descollantes (Fancelli, Torrigiano, Bigarny, Juni...) para extenderse en las últimas décadas hacia la pléyade de secundarios que, atraídos por el activo mercado del arte español, necesitado de escultores experimentados capaces de responder al sinfín de encargos, cruzaron los Pirineos. Durante la primera mitad del siglo fueron principalmente franceses, flamencos y alemanes los protagonistas de dicha emigración.

Miguel Perrin fue uno de ellos. Llegado a Sevilla en 1517 o un poco antes desde Francia, quizás procedente de Lorena, cuando ya era un maestro experimentado en la elaboración de esculturas de barro cocido, pronto se convirtió, hasta la llegada de Torrigiano, en el máximo especialista en la ciudad en la elaboración de obras de ese